

**OBSCURO, -RA**

*(oβs'kuro, -ra)*

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.



LAS RAÍCES RECUERDAN TU NOMBRE



# LAS RAÍCES RECUERDAN TU NOMBRE

Aitziber Saldias



**OBSCURA**  
e d i t o r i a l

© 2024, Aitziber Saldias  
© 2024, Obscura Editorial, S.L.  
Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona  
© 2024, David Rendo, por la ilustración de cubierta

Primera edición: mayo de 2024

Fotografía de la autora: ©MaríaJosé Pa  
Composición de cubierta: Marc Vilaplana  
Edición de texto: Roser Vales i Abenoza  
Corrección: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenoza  
Maquetación: Joana Macià Domingo  
El dibujo de la procesionaria es un recurso gratuito de Flaticon.com

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de copyright, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.  
En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-127327-8-8  
Depósito legal: B 1499-2024

Impreso en Gràfiques Rey, S. L.  
Carrer d'Albert Einstein, 54  
08940 Cornellà de Llobregat  
Barcelona

*Dedicado a todas las cosas que te encuentras por la calle*





*L*as luces proyectan sombras deformes, pero los niños ríen y los adultos aplauden.

*Las figuras se deslizan en una procesión sin inicio ni final.*

*Un escalón cruje.*

*Las piruetas se multiplican, la danza se acelera, la gente ovaciona a los artistas y allí, a lo lejos, una mujer llama a los muertos, que acuden de inmediato.*

*La lluvia repica implacable contra el cristal; espera, ¿cristal? ¿Qué cristal?*

*Apenas la recuerda, pero duele tanto que lo agrieta por dentro.*

*Mamá vivirá por siempre.*

*La mujer baila alrededor de un tigre engullido por las llamas. Los rugidos del animal restallan como bombas.*

*Los payasos hacen sonar una campanilla, los niños todavía ríen, los jóvenes corren a esconderse, el Bosque se carcajea y la casa llora.*

*Los espectros avanzan en círculo mientras sus gritos se consumen para siempre.*

*El eco de los aplausos retumba cada vez más cerca.*

*Mira cómo rompen contra el suelo.*

*Mira cómo borran personas.*

*¿Acaso no es este su lugar, soldado?*

*¿O es que está pensando en huir?*

*Nunca es bueno recalar en los recuerdos, no mientras el lodo escupe insectos y algunas madres deciden ahogarse en el Bosque.*

*¿Oyes cómo reclama tu carne?*

*¿Escuchas cómo describe tu final?*

*Nunca dejes que los difuntos se acerquen, Lander; si te arrinconan, estás perdido.*



# 1

La imagen se funde a negro de repente y lo atrapa en algún punto intermedio entre el mundo de los vivos y los muertos con el deseo de encerrarlo allí de una vez por todas. Sin embargo, después de tantos años, Lander ha aprendido qué hacer para no quedar encadenado a la telaraña. Concentra todos los sentidos en sí mismo, en el tacto irregular de la piel marcada por la metralla; en los latidos del corazón, acelerados hasta el punto de asomar por la garganta; en el olor a camino que no logra eliminar por completo de la ropa; en el sabor que le impregna los labios, metálico y amargo; y finalmente logra abrir los ojos en el momento exacto en el que su padre desaparece escaleras arriba.

La casa tiembla un par de veces en torno a él, todavía incómoda por su presencia. Necesita ver su reacción, confirmar que se trata del hijo que marchó a la guerra y no de un espejismo surgido de las profundidades del Bosque. Hace que las luces parpadeen y los muebles de la sala se estiren para aparentar un tamaño mucho mayor del que nunca podrían tener. La muerte de Antxo ha puesto punto final a una tregua que a duras penas había aguantado los últimos años; los ataques no tardarán en volver. Tiene que prepararse.

Y ahora Lander está aquí de nuevo, deambulando entre sus paredes, complicándolo todo. Tal y como se le prometió en su momento.

El joven soldado la escucha con atención, cada pequeño susurro en las oxidadas cañerías, cada gesto imperceptible en el espejo, y asiente —sí, es él; sí, ha vuelto— antes de apartar con delicadeza el libro que descansa sobre sus rodillas.

La irregular letra de cuando fue adolescente, «Diario de Lander», la forma de repetir las palabras que tantos disgustos daba a sus maestros, lo amenazan con un pasado para el que no está preparado aún.

En el piso de arriba, el familiar chirrido de una de las puertas le indica con un sobresalto que su padre ha entrado en el aseo. Hace semanas que marchó del frente, semanas desde que regresó siendo un hombre libre, pero todo cuanto le rodea parece empeñado en recordarle que parte de su mente continúa allí, atrapada entre los estallidos y los gritos de los muertos.

Busca el Informe de la Última Hora para confirmar cuánto tiempo pasará padre en el lavabo, cuántos minutos exactos le quedan para decidir si lo acompaña a la cama o permanece en el sillón para que el cansancio lo tumbe de nuevo.

La casa gruñe y le recuerda que está demasiado despierto e inquieto como para dormir. Cuando se queda en silencio, satisfecha, logra azuzar sus miedos internos con mayor intensidad.

Padre siempre decía que ojalá no tuvieran que ver de qué era capaz esta doncella de ladrillo y hueso.

Pero padre ya no dirá nada más.

Cuando Lander trata de levantarse, tembloroso, golpea sin querer la caja de madera azul, ahora en gran parte descolorida, que arrastró desde la parte trasera del sofá apenas un par de horas después de volver a su hogar. Esto desordena su contenido y lo encara con la cubierta de otro de sus diarios. Cuenta cuatro, ordenados por fecha, aunque el tiempo hace mucho que dejó de tener importancia ni sentido, y recuerda con claridad que su colección a medio entintar había llegado a alcanzar la docena.

Padre también solía garabatear en diferentes diarios, todos exactamente iguales, rojos con el lomo dorado. A veces se ponían uno al lado del otro, cada uno enfrascado en su trabajo, mientras el televisor rugía de fondo.

Lander intentó volver a la escritura durante las noches de guardia, cuando el silencio podía partirse en dos en cualquier momento, pero la tinta era tan negra y los pensamientos tan lúgubres que decidió prenderles fuego el día en el que se marchó.

Como si así pudiera exorcizar a los fantasmas que había despertado a su paso.

Y ahora esto. Fantasmas, también, solo que mucho más antiguos e ingobernables. No se había imaginado a sí mismo convertido en esa persona que arrastra el pasado como una roca que amenaza con derribarlo de un momento a otro, pero ahí están las rocas, y él es aún más débil que cuando se enfrentó a la página en blanco.

Esperaba tener que lidiar con ciertos recuerdos, claro; la casa era parte de él tanto como él lo era de ella, y padre... bueno, ¡padre era padre!

Pero esta caja repleta de historias, este regalo de bienvenida envenenado, lo enfrentaba a un antiguo Lander que hubiese preferido encontrar marchito a su regreso.

Aun así, vuelve a observar los diarios, la mezcolanza de documentos y fotografías, los recortes de periódicos con las páginas marcadas y subrayadas, y sabe que ordenar las piezas le dará la respuesta a una pregunta que retumba por ahora vacía en su mente.

El viejo suelo de madera se repliega, amedrentado, en cuanto levanta la caja para colocarla sobre sus rodillas. La casa vuelve a un primer plano, incapaz de decidir si el extraño con piel familiar debería husmear en asuntos que aún no le incumben. Lander observa la nube de polvo que despierta a su alrededor, pero en vez de miedo siente lástima. El deterioro de las paredes que le rodean es innegable. Hace mucho que nadie se toma el tiempo de pasar un paño por encima de las estanterías, repletas de figuras y vacías de libros, o trata de recuperar el brillo original de la mesa del

comedor, demasiado grande para las dos personas que compartieron aquel lugar en otra vida.

El joven soldado aparta la caja a un lado, se incorpora con una mueca de dolor y cojea hasta el pie de las escaleras. Nunca se había planteado el porqué del tamaño de aquella casa, pero ahora, con la pierna transformada en un lastre, las distancias se le antojan océanos insalvables. Es posible que sus padres la construyeran con la idea de una gran familia en mente, un sueño que se vio truncado con rapidez.

Mamá vivirá por siempre.

No es su voz, no es la voz de la casa; quien habla es el pasado, testarudo en sus ecos. El joven decide ignorarlo y se apoya en el pasamanos. Al ver que la casa lo permite, vuelca todo su peso en él mientras escala peldaño a peldaño.

Uno de los tablones responde con un quejido muy humano.

—Perdón —se disculpa Lander.

A lo lejos, el grifo, la puerta del aseo, pasos cortos y viejos, la puerta del cuarto principal, los muelles del desvencijado camastro.

Se detiene en el umbral del dormitorio, incapaz de ir más allá, mientras el hombre, ya mayor, cierra los ojos.

«Buenas noches», piensa, pero no se arriesga a decirlo en voz alta.

Por si lo escuchara.

Por si llegase a contestar.

¿Cuándo envejeció tanto? ¿En qué momento se le acumularon los años de golpe hasta transformarlo en esta mortaja de piel y hueso?

El Informe de la Última Hora recomienda a los testigos acercarse todo lo posible al difunto para apreciar cualquier mínimo gesto que puedan considerar importante. Sin nadie que lo observe, no obstante, a Lander le resulta muy fácil convencerse de que esta distancia es más que suficiente, que no necesita cada arruga y cada herida de la piel de su padre clavada en la retina por toda la eternidad.

Al fin y al cabo, se trata de un círculo natural, ¿verdad? Una muerte tranquila y apacible...

El silencio que lo rodea es tal que Lander puede oír la respiración entrecortada de la casa y el pequeño vaivén que esta provoca en las paredes desconchadas. Antes de que él se marchase, las recordaba cubiertas de fotografías, retratos y paisajes, tantos que lo llenaban prácticamente todo. Ahora solo queda la cama, el armario, una estantería vacía y la mesita de noche del lado derecho, el lado de su padre.

Se deshicieron de la de madre al poco de perderla.

Ojalá se atreviera a entrar, aunque fuese en otro momento, para encender la lamparita que fue testigo del momento exacto en el que se desarrolló el espejismo al que se enfrenta ahora. La casa también podría encenderla, a pesar de que él no haya osado pedirselo de forma expresa. Ojalá.

Su padre parece cansado pero en paz consigo mismo, satisfecho incluso, como si hubiera alcanzado una meta importante que le permitiese descansar. Esta sensación, que ya creyó percibir la primera noche, lo atormenta cada día más.

El tiempo juega en su contra: la normativa ofrece un margen de una semana para analizar el círculo de una Última Hora antes de firmar el informe y darlo por bueno. Si no hay discrepancias con dicho informe, se levanta el testamento y se procede al entierro del difunto. Si las hay... bueno, entonces la cosa se complica y entran en juego temas burocráticos que Lander conoce únicamente de oídas. Pero ese no va a ser su caso; no puede permitirse que lo sea. Lleva demasiados días en ese pueblo que ya ha reconocido su olor y no tardará en lanzársele a la yugular.

Aun así, la cabezonería Herrera, la que le viene por parte de padre, no lo deja en paz. Le asaltan dudas, muchas dudas, y no solo porque lleve varios días combatiendo sin medicamentos una fiebre

que lo transforma en una larva que apenas reúne fuerzas para abandonar la sala de estar y ver cómo su progenitor muere.

A través de la única ventana del dormitorio, el Bosque parece despertar de su letargo y murmura varios nombres al azar, aunque sabe de sobra cuál es el suyo. Está jugando con él. Lander está convencido de que el movimiento de los árboles no lo causa el viento, sino un estómago vacío que reclama aquello que se le prometió. La casa deja escapar un terrible rugido que lo silencia de inmediato, pero el soldado siente que no deja de observarlos en ningún momento.

—Gracias —le dice, y apoya su mano izquierda en la pared.

La casa duda: ¿se trata de una invitación?; pero está demasiado hambrienta para andarse con reparos y se aferra a la delicada carne de esa palma con decenas de dientes invisibles. Lander soporta el dolor hasta que nota que la boca se repliega. Le gustaría que ella confiase en él tanto como él necesita confiar en ella, pero el tiempo sabe que ninguno de los dos será capaz de hacerlo hasta que no sea demasiado tarde.

Apenas un par de minutos después, tal y como se describe en el informe, su padre vuelve a abrir los ojos. Las venas palpitan como gusanos en sus pupilas, algo que Lander veía a menudo mientras buscaba supervivientes en el barro. Una solitaria lágrima le recorre la curva de la cara y resbala hasta el cuello. Padre abre la boca.

El informe indica que para buscar aire. El joven cree que para decir algo.

Entrecierra los ojos por culpa de la distancia e intenta imitar el gesto de los labios: «Tú»; «no». Cualquiera de las dos opciones se le antoja horrible. A continuación, los párpados caen, pesados, por última vez, y todo el cuerpo se relaja, apenas unos segundos, antes de desaparecer por completo.

Hasta la noche siguiente.

El joven soldado resopla, demasiado agotado como para hacer nada, demasiado despierto como para continuar navegando las



antiguas pesadillas que lo aguardan en los diarios. Las manos le tiemblan tanto que supone que la casa también nota las vibraciones pero, si lo hace, prefiere mantenerse en silencio. No se quiere ni imaginar lo mucho que debe afectarla verse obligada a presenciar la Última Hora de su morador noche tras noche. Al otro lado de la ventana, el Bosque también permanece inerte.

Aprovechando el momento de quietud, Lander se desnuda allí mismo, en el vértice de la habitación, deja que la ropa caiga a sus pies y busca consuelo en una ducha que arde tanto o más que su frente. Las palpitaciones en su cabeza le insisten en que debería firmar el informe, darlo por bueno, y alejarse cuanto antes de ese maldito pueblo.

Antes de que sea tarde.

Los gritos le recuerdan que tampoco le debe nada a ese hombre al que llamaba padre, no desde hace muchos años. Debería huir, ese era el plan, es lo único que puede hacer; no importa si lo siente como un fracaso o como una rendición, ¡es su vida la que está en juego! Ya sumergirá las voces de su mente en gritos de alcohol, como hacen todos los condenados que sobreviven a una guerra diseñada para exterminarlos.

Pero el informe miente, porque no dice nada de las palabras que ha visto susurrar antes a su padre, y la sala está repleta de diarios antiguos e informes recién redactados, y todos los fantasmas del pasado lo señalan a él, ninguno a su padre.

¿Qué ha sido de los diarios de padre, por cierto? ¿Cómo es que no encuentra ni uno solo en toda la casa?

Y, a pesar del inminente peligro que lo acecha, no cree que exista brebaje lo suficientemente fuerte como para acallar tanto ruido.

Toma una decisión: el camino tendrá que esperar.

Resopla una vez más. Esto no es lo que había imaginado cuando le informaron de que su padre había fallecido y, por lo tanto, le otorgaban el único permiso existente para abandonar las trincheras.

Que necesitaban que se personase en el pueblo cuanto antes, vamos.

En aquel momento, poco le importó que la carta llegara sin firmar.



*Mi padre siempre decía que uno mismo es el protagonista de su propia historia. No importa lo mucho que griten las voces que palpitán alrededor, ni lo fuerte que ruja la corriente que busca arrastrarlo todo; a la hora de la verdad, las consecuencias recaen sobre uno mismo y las disposiciones que lo han llevado hasta ese momento y lugar.*

*Podría haber enterrado a mi padre en el cementerio y haber acabado así con una tradición estúpida, mitad superstición mitad costumbre, que por desgracia me llevaría a tomar la decisión por la que escribo estas palabras.*

*Podría incluso haber aprovechado el momento para desenterrar generaciones enteras del jardín, ahora sacrificado a los árboles y a las malas hierbas.*

*Sin embargo, preferí dejarme llevar por las heladas aguas del invierno, aquellas que apenas distan de los difuntos en sí, imitar unos pasos que ya se habían caminado un centenar de veces antes, y lancé sus huesos a un agujero cavado deprisa y corriendo mientras ella me observaba desde la ventana. Mientras, ahora lo sé, le pedía un hijo a un dios ausente.*

*Supongo que pensó en ello mientras su propia cabeza maquinaba en su contra, cuando el hilo de favores dio comienzo y una vez más nos dejamos arrastrar por una historia que no era la nuestra.*

*¿Qué le íbamos a hacer? Todo aquel que había decidido salirse del cauce, enfrentarse a lo que fuera que descansaba allí, podrido, había tenido un final tan horrible que siempre quedaba al margen de los cuchicheos y las conversaciones a altas horas de la madrugada.*

*Esas de las que nunca se aprende nada bueno.*

*Me lo confesó entre sollozos, como si fuese el mayor castigo que pudiera caer sobre esta familia. Supongo que también podríamos haberle puesto fin, a escondidas, lejos de aquí.*

*O tal vez no se nos hubiese permitido y todo habría acabado antes de dejar el pueblo atrás.*

*De nada sirve obsesionarse con eso ahora, ella lo sabe, yo lo sé; pero al menos habríamos tomado una decisión importante, los dos juntos, y evitado la cascada que poco a poco inundaría nuestra casa y nuestras vidas.*